

El Pájaro Macuá

Víctor Negrete Barrera



Desde muy niño empecé a oír del pájaro Macuá. Me maravillaba saber todas las cosas que decían sobre él, así no las entendiera; además no era necesario porque había tal encanto en las palabras y gestos de quien hablaba que todos nos sentíamos irremediabilmente atraídos por esa avecilla misteriosa tan llena de poderes.

Después, con los años, comencé a entender. Ya sentía la necesidad de novia y los cuerpos de las mujeres me llamaban la

atención. Entonces sabía que el corazón del Macuá, puesto al sol durante varios días, debía molerse hasta convertirlo en un polvo fino para echarlo en un frasco con perfume o loción. Y cuando se presentara la ocasión tenía que hacer lo posible para que la mujer deseada sintiera el olor de la esencia mágica. Por lo general utilizaban los pañuelos.

Siempre creí en el Macuá. En compañía de amigos salíamos con frecuencia a los pajonales, a los bosques y a las montañas próximas a buscarlo. Puedo asegurar que registramos, con minuciosidad de relojero, pulgada a pulgada varios kilómetros a la redonda. Nunca lo pudimos encontrar. Los que sabían de él nos aseguraban que lo encontrábamos en los adentros de las montañas, bien lejos del ruido urbano. Hasta allá, confieso, no pudimos ir.

Y creo en el Macuá porque en una ocasión pude comprobar su eficacia. Sucedió en Tierralta. El amigo que me acompañaba me dijo, mira ese indio que está en el andén de la casa donde llegan los buses de Montería. Todos los viernes se coloca allí, a la espera del bus. El repara con atención cada una de las pasajeras que bajan. Y a la que le gusta más le acerca con disimulo el pañuelo. Casi enseguida él se aleja de la estación en dirección a la rancha que tiene a la salida del pueblo, detrás va la mujer. La conserva hasta cuando él quiera.

Intrigado esperé. Todo sucedió exactamente igual como me lo había contado el amigo. No me pareció nada extraordinario porque yo creo en eso. El Macuá es un pájaro pequeño, de color cenizo con el pecho amarillo. Le gusta hacer el nido en el cuerpo de los árboles grandes como la ceiba, siempre con la entrada hacia abajo. Lo hace de pajitas y adentro lo acolchona con plumas de toda clase.

Hoy me entero que con tres gotas de la esencia, frotadas en las manos y los labios, cerca de la persona que desea conquistarse y la siguiente oración obtengo sus favores:

Cuando Jesucristo a las doce de la noche en los montes de Galilea encontró al pájaro Macuá cantando en las ramas del Olivo Santo le dijo: Tu nido será escogido por hombres y mujeres, velado y bendecido por siete viernes a las doce de la noche.

¡Oh! Gran pájaro que fuiste honrado y agraciado por nuestro redentor por la virtud maravillosa que tú tienes y la que Dios te ha dado, trasládame el corazón de.... al mío, ponlo loco de amor por mí, que vaya donde yo deseo y sea mía.

Montería, 1984

La laguna del Macuá



Es pequeña y está ubicada al norte de la ciénaga de Betancí. En tiempos pasados cuando existía la montaña y abundaban los animales salvajes era frecuente encontrarlos apareándose o jugando en sus orillas, especialmente en verano cuando llegaban con frecuencia a refrescarse en sus aguas cristalinas.

Lo del nombre viene del pájaro Macuá, al que le atribuían virtudes amorosas. Era un pájaro pequeño, de

color cenizo con el pecho amarillo. Le gustaba hacer el nido en el cuerpo de árboles como la ceiba, siempre con la entrada hacia abajo. Lo hacía con pajitas y toda clase de plumas. Este animal se encariñaba tanto con su nido que además de huevos depositaba en él sus virtudes. No todas porque constantemente su corazón era como una ventana abierta al gozo y las iba entregando de una en una.

Cuenta Pedro Pico, un viejo tumbador de montañas que por las tardes cuando salía el sol de los venados, el macuá entonaba su canto armonioso y parecía que le galanteara a la selva, tratando de convencerla de pasar una noche de regocijo en su refugio.

Cuando estábamos hachando y encontrábamos un árbol con un nido de macuá hacíamos todo lo posible para que cuando cayera quedara intacto. Después lo llevábamos a los brujos quienes lo preparaban para quien lo tuviera pudiera conquistar la mujer que deseara. Si tenía pichones les sacaban el corazón, lo molían y disolvían en una botella con loción y esta se la untaban los hombres para atraer a las mujeres.

Cuando el hombre acabó la montaña y robó todas sus virtudes el macuá sintió celos, se llenó de rabia, finalmente entristeció y tomó la decisión de desaparecer con ella.

Montería, 1983